LA REVELACIÓN

REVISTA ESPIRITISTA

ÓRGANO OFICIAL DE LA SOCIEDAD DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

AÑO XXVII | Alicante 25 de Diciembre 1898 | NÚMERO 12.

SECCIÓN DOCTRINAL

La escuela de los Mesías

CADA sér lleva consigo todo un mundo de pasiones y sentimientos, de pesares y de alegrías, de recuerdos y de esperanzas; mundo transcendental y subjetivo del que, con entera incoartable libertad, se reconoce director único; mundo de fronteras infranqueables para todos los demás séres semejantes á él.

Y como no hay mundo sin cielo, este también lo tiene; que, ora impere bienhechora calma de paz, soplen suaves y perfumadas brisas de venturas, y luzca refulgente el sol de la esperanza; ora surja desenfrenado huracán de contrariedades, amontonando *cirri* de penas en negra noche de amarguras; así aparece diáfano, cerúleo, elevándonos á las sublimes cimas del ideal, ó sombrío y denso, despeñándonos en los negros abismos del desaliento.

A semejanza del mundo físico, la mayor ó menor inclinación de su eje sobre el plano de la eclíptica, - ó en otros términos; del sér hácia el bien—dánle climas más ó ménos apacibles, sin que falten tampoco: en sus senos, riquísimos, inagotables filones de ternura; en su superficie occeanos embravecidos de pasiones, bajo los que duermen en nacáreas conchas perlas preciosísimas y selvas vírgenes por mónstruos de vicios habitadas, y áridos interminables desiertos con deliciosos oásis.

Por no faltar, en muchos de ellos vénse polos cubiertos de perpétuas nieves. Perpétuas, no es la palabra, pero desde ignoto génesis ocupan aquellas regiones con sus interminables noches de seis meses y sus pálidos días de igual duración.

¿Cuántos han tenido la curiosidad de visitar ese mundo?

Todos los humanos. Pero los más de ellos hánse limitado á descansar de las

luchas diarias de la vida, en tal cual delicioso oásis de la vanidad; en tal cual-amena playa del olvido Solo pocos, muy pocos, hánse aventurado á limpiar de mónstruos selvas y mares, y contadísimos los que no contentos con esto han —con titánicos esfuerzos—enderezado el eje de *ese mundo íntimo* hácia la perfección.

Estos últimos han podido ver y tocar que, á medida que avanzaban en sus exploraciones, con la convicción íntima de que nada existe comparable á la práctica del bien por el bien mismo, los mónstruos huían, las montañas obedecían sus mandatos, los mares más encrespados se calmaban... Alentados por esa fé lanzáronse á terminar su obra trastornando la tenebrosa esfera... Espectáculo sublime! Los occeanos, abandonando lechos seculares, inundaron los continentes. La misma atmósfera, parecía un volcán enorme ¡tanta su electricidad acumulada! Universal y gigantesco terremoto conmovía el globo. Mas terminó la crísis, y ved los resultados: desaparecieron las fieras, desaparecieron los eriales y los desiertos, desaparecieron los occeanos tormentosos, desaparecieron las *perpetuas nieves*, y solo quedaron el sereno y apacible lago, la montaña hendida mostrando ignotos yacimientos auríferos y diamantinos, el fondo del mar exhibiendo sus selvas de corales y expléndidos criaderos de perlas....

Y todo en una calma deleitosa, en una primavera perpétua, en un perpétuo día: ¡tan breves y plácidas sus noches!

Y es que como el vate ha dicho:

> La fé que transporta montes,
> Redime mundos también.

✣

La noche para el no-civilizado, pavorosa, inacabable cra.

No hace tanto que para el civilizado mismo preñada estaba de trasgos y som bras, desque sonaba el toque de ánimas, toque de queda ó cubre el fuego.

Actualmente, puede decirse que no existe; pues la argentada luna, aun en poblaciones secundarias, eclipsada queda por potentes focos eléctricos, dilatando melancólico ocaso hasta risueña aurora.

¿Quiénes tamaño prodigio realizan?

Dos de los principales agentes de terror en las lóbregas noches del pasado: el bramador torrente que impetuoso descendiendo de la montaña hacía retemblar el bosque primitivo, y el exterminador rayo que tras fulgurar breve segundo en la plomiza nube, caia sobre el arbol y sobre la choza, esparciendo el incendio y la muerte.

Esto nos dice que detenidamente estudiadas las causas de nuestros errores y sufrimientos, pueden en ocasiones suministrarnos medios hábiles no solo de desvanecer unos y aliviar otros, si que también de trocar los primeros en tranquilidades, los segundos en alegrías.

Por donde resulta que la felicidad que inmensa mayoría de los humanos persigue con afan tan grande en el mundo externo, en el material, solo mora en el mundo interno, en el espiritual de cada sér.

A conclusión análoga, llégase también aquilatando el valor de los bienes, con que entrambos mundos nos brindan.

Aparte de la desproporción enorme entre los—en muchos casos—desvelos tormentosos y afanes insanos que los placeres materiales cuestan, con su exigüidad en intensidad y duración; desproporción que no existe en la adquisición de los goces intelectuales y psíquicos; sábios é ignorantes, con unanimidad elocuente, reconocen el breve paso, sin dejar huella alguna, de los placeres sensua-

les; y la permanencia en calor vivificante y luz deslumbradora, de los espirituales.

Unanimidad elocuente, repetimos, pues si no existe otra realidad que la tangible de materia corpórea ¿cómo se explica que esta no sea la base y asiento, el manantial y cauce del placer más intenso y permanente?

Pero hay más aún. A medida que el sér va adelantando en la disposición ordenada y metódica de su mundo íntimo, las perturbaciones no solo de análogos mundos—remedando en la familia sistemas planetarios en torno del sol; en la ciudad constelaciones en el seno de lácteas vias; en la nación, dentro de la humanidad terráquea, vías lácteas en el seno del Infinito,—si que también las perturbaciones del mundo corpóreo ó de la materia, disminuyen en proporción análoga al progreso realizado. Y es que en esa gravitación universal de los espíritus, como en la gravitación universal de la materia, la harmonía es la resultante del movimiento ordenado y contínuo hácia estados cada vez más superiores, los cuerpos; hácia luz cada vez más pura, las almas.

Y la harmonía entre nuestro espíritu y su mundo íntimo, con el universo en que vive, atracción suave, simpatía expontánea, amor sin interés, envidia ni reservas; es la fórmula más exacta de la felicidad.

✣

A la evidencia de que la felicidad propia solo surje completa de la felicidad de los demás, no se llega sin haber antes adquirido, entre otras, las de:

Que el mal carece de realidad subjetiva.

Que, no ménos falaz y, análogo al espejismo de los sentidos, que hiciera creer la Tierra inmóvil en el centro del universo, y los gigantes soles, los infinitos mundos, únicamente creados para vagar en torno de ella alumbrando sus largas noches; existe otro espejismo que conduce al sér á creerse superior á todos los demás, creados únicamente para el juego de sus egoismos y vanidades.

Que el bien moral no tiene, ni tampoco necesita, otra recompensa que su propia realización, tanto más perfecta cuanto más anónima.

Que la voluntad es fuerza susceptible en el mundo de la conciencia, de tantas aplicaciones como la electricidad en el mundo físico; ya dirigida al analisis de sentimientos y pasiones, ya aplicada á transformar negros egoismos en diamantes de vívidas abnegaciones; ora trocada en fecundo calor de calladas ternuras, ora en purísima luz de sacrificios en silencio.

Los séres que evidencias tales han convertido en leyes reguladoras de su mundo interno, constituyen de hecho una escuela de vida superior acerca de las cuales queremos llamar la atención—nunca mejor empleada,—de nuestros lectores.

Muchos de los adeptos de esa escuela—y los hay de todas las razas y creencias—apenas saben leer y escribir y dicho queda con esto que si conocen será por referencias, las *admirables* elucubraciones de los filósofos de sus respectivos paises, las *sublimes* disertaciones de los teólogos, brahmanes ó budhistas, judíos, cristianos ó muzlimes; pero sábense de memoria, las en verdad divinas predicaciones de los Cristos en el lago y en la montaña, y tienen siempre ante sus ojos los huertos en que oraran, los pretorios en que presentaron la otra mejilla, las vías de Amargura en que cayeran, y los Gólgotas dó entre perdones expiraran.

Una buena parte que como Sócrates pernoctara en el templo, y guiadas por la Pitonisa viera en cada uno de los dioses reflejarse sucesivamente—con los

respectivos atributos—sus mismas facciones; prefiere, á prosternarse ante deidades olímpicas, prosternarse ante el desvalido y el menesteroso. Y de sus labios como de los del Budha jamás brota nombre que á Dios personifique ó represente.

Pero tanto los unos como los otros, en todo instante hállanse dispuestos—de manera por lo expontánea automática—á apurar hasta las heces, y con la sonrisa en los labios, su cáliz.

A los que dudaren recordarémosles las madres: esos ángeles de los excelsos sacrificios, sin satisfacciones y sin recompensas, quizás sin notoriedad; tal vez amargados por el ridículo, acibarados por el escarnio y sin tal vez jamás comprendidos en toda su grandeza.

✢

Réstanos en este bosquejo á vuela pluma otro punto de vista,—que no deja de ser interesante,—el del papel que en el porvenir tiene reservado la escuela que nos ocupa.

Ciencia y Arte—genuinas representaciones de la Verdad y de la Belleza—apenas tienen organización. Cierto que la primera expide títulos y celebra congresos; pero ni las decisiones de éstos son obligatorias ni aquellos monopolizan la suficiencia. Más de uno y más de dos sabios de nombradía universal, no han pisado los dinteles de sus Universidades. Todavía más anárquico—en la elevada acepción de la palabra—es el Arte, que ni siquiera Bachilleres tiene.

Y ¡véase lo que son las cosas! Arte y Ciencia, sin autoridades indiscutibles, sin organización en castas, son universalmente distinguidos y acatados, admirados y aplaudidos; al paso que los Catolicismos religiosos con sus Hombres-dioses, sus Pontífices infalibles, sus Colegios sacerdotales y sus Dogmas intangibles, vénse rudamente combatidos, no ya al rebasar las fronteras de los pueblos en que encontraran cuna y cetro, sino hasta dentro de esos mismos pueblos.

La Bondad, como sus dos sublimes hermanas Verdad y Belleza, tambien es anárquica. No ya universidades como la ciencia, sino que ni laureles como el arte. Más todavía, ni textos como la primera, ni reglas como el segundo.

Y pese al orgullo de los filósofos, pese á la soberbia de los doctores, la colectividad sin organización que la realiza—pues sus miembros viven completamente ignorados no solo de la generalidad, si que también unos de otros—es la única depositaria de todo progreso positivo señalado por sistemas filosóficos.

Estudiando como se manifiesta el progreso en la Historia de la filosofia, ha escrito un pensador ilustre: «Los sistemas pasan en vertiginoso torbellino; pero al pasar siempre dejan alguna parte de verdad. Cada sistema, impotente para resolver los problemas fundamentales de la ciencia, resuelve multitud de problemas parciales, desvanece antiguos errores y deja en pos de sí luminoso rastro de su paso. Así, por una especie de acarreo, vánse depositando y aglomerando en el tranquilo cauce de la ciencia, numerosas verdades. Con ella se mezcla á veces légamo inmundo, pero el torrente de los sistemas lo lleva consigo, cuando vá á perderse en el occeano de la historia. Los sistemas pasan, la verdad queda; y de esta suerte, por acumulación incesante, se vá formando aquella perenne y universal filosofía que no es sistema alguno determinado. pero á todos sobrevive; edificio á que cada cual trae su piedra y que nunca tendrá coronamiento, porque la verdad universal y absoluta no es ni puede ser patrimonio de la mísera razón humana».

Estudiando como se manifiesta el progreso en la Historia de las religiones,

ha escrito uno de nuestros compañeros: «Sin embargo, el progreso se cumple. Si las religiones pasan, la idea religiosa queda. Cada religión, impotente para establecer y consolidar la fraternidad entre los humanos, aporta á la idea religiosa, universal y eterna, la evidencia y divulgación de alguna verdad. Así el Mosaismo, el Cristianismo y el Islaismo patentizan la Unidad de Dios; las religiones índicas y la de los Drúidas, la pluralidad de mundos y existencias; el Mazdeismo, los dogmas egipcios; y el Politeismo, la comunicación con el mundo invisible. De este modo, por acumulación incesante, se vá formando la Religión progresiva; la que en Brahma, Ormúz, Jehováh, Júpiter, Aláh, solo vé celestes mensajeros del Dios incognoscible, la que consagra á los Kristna, Budha y Cristo como hijos de Dios; la que en Vedas, Biblias, Evangelios y Coranes solo vé otras tantas páginas del Evangelio eterno; la que venera por igual al Apostol indio que al Apostol cristiano; la que tiene en su infinito cielo, sitio para todos los mártires, para todos los santos, para los justos todos».

Esa perenne y universal filosofía, esa religión progresiva, tienen un heraldo: la ciencia.

Los séres humanos de la presente generación, vémonos precisados—cual los de anteriores—á vivir devorando plantas y animales. De aquí que por la posesión de comarcas tan expléndidas y feraces cómo Puerto Rico y Cuba se originen cruentas y luctuosas guerras.

¿Será esto siempre así?

La química inorgánica—y esto en el espaeio de pocos lustros—hános enseñado á obtener, además del ácido sulfúrico, la sosa, el gas del alumbrado, el azúcar de remolacha y preciosos alcaloides; el blanqueo y tinte de tejidos, el dorado y plateado. La electro-quimia ha conseguido revolucionar completamente la metalurgia. La química orgánica, esa ciencia de la que ha dicho un poeta contemporáneo:

> ¿Quereis de su poder muestra elocuente?
> Mirad los explosivos
> De titanes con ímpetus, alzando
> Los montes más altivos,
> Y graníticas rocas desgajando!

Además de valiosos agentes terapéuticos y antisépticos, hános enseñado á fabricar perfumes y colores.

¿Quién duda que en plazo no lejano podrán utilizarse para accionar innumerables máquinas: la energía de las mareas, el calor albergado en los recónditos senos del planeta, y hasta el mismo calor del sol? Pues el día que esto se consiga; con carbono tomado del ácido carbónico, hidrógeno y oxígeno extraidos del agua y nitrógeno tomado de la atmósfera, siéndonos conocidos—como ya lo son—elementos y síntesis, de azúcares, grasas é hidratos de carbono, y próximos á conocer los de elementos nitrogenados: nada más sencillo y hacedero que fabricar, por la vía química, las sustancias necesarias para nuestra alimentación.

Antes que nosotros, lo ha dicho ilustre químico anunciando día en que cada cual irá provisto de un bote de productos químicos para nutrir su estómago, con las cantidades necesarias de albúmina, de grasas y de hidratos carbónicos.

La hermosa esperanza del sabio Berthelot es tambien la nuestra con mayor motivo; porque aquel día no solo habrá perdido la guerra todo su fundamento, sino que, trocando los terrenales campos de cultivo, tan abundantes en mefíti-

cas humedades, por los celestes campos del pensamiento, tan exhuberantes de luz, la humanidad deleitaráse con el divino aroma de esas violetas humildísimas, denominadas almas de buena voluntad.

Pasarán todas las religiones, pasarán todas las escuelas filosóficas, más, á buen seguro, que esta filosofía eminentemente religiosa pase; porque es la virtud practicada desinteresadamente y en silencio: por la fé, transformada en sávia; por el mandamiento, transformado en calor y en luz; por la verdad, transformada en rocío; es la escuela de los mesías, la única que puede establecer y consolidar la fraternidad universal, verdadero reino de Dios sobre la Tierra.

SECCIÓN FILOSÓFICA

ESPIRITISMO

Discurso leido por su autor D. Pedro Román, en una velada literaria.

PERMITIDME, hermanos, que os manifieste la impresión que causaba en mi ánimo, no hace mucho tiempo, la palabra que esta noche nos sirve de tema.

Cuando álguien solía herir mis oidos pronunciándola, una sonrisa maliciosa asomaba á mis lábios y con una mirada de compasión envolvía á aquel hermano que se esforzaba en querer demostrarme las bellezas que en sí encierra doctrina tan eminentemente moral y científica,

¿Y sabeis por qué me inspiraba tal compasión? Porque yo era partidario acérrimo del materialismo, y, por lo mismo, creía tener resuelto el problema de la vida. Mas como la palabra que encabeza este escrito me ponía de manifiesto la supervivencia del espíritu y yo no creía en ella, la encontraba completamente sin valor, vacía de sentido y hasta absurda. Hé ahí por qué sentía lástima hácia todo ser que pertenecía á esta creencia, en mi concepto entonces tan descabellada,

Si, descabellada la creía, porque me decían sus adeptos que se comunicaban con nosotros los séres que habían sido y que esos mismos espíritus volvían á reencarnar en este ó en otros mundos, según su elevación. A más, otras cosas tan inexplicables para mí que no las creía dignas de que les prestara mi atención.

Empero, aunque era contrario á tal creencia por estar convencido de que la verdad era el materialismo, quise presenciar una de las reuniones que vosotros, queridos hermanos, celebrais, no con el propósito de encontrar luz, no, sino con la convicción firme de que había de ratificarme más y más en la

idea que arraigada en mi tenía. Pero ¡oh desencanto! ¡cuánto llegó á preocuparme lo que observé por primera vez!

Al principio solo sentí curiosidad y deseo de investigar, para desvanecer las dudas que me asaltaban; cuyas dudas me llevaron (perdonadme, queridos hermanos) hasta desconfiar del medium. Hijo de tal desconfianza, ya no todos los espiritistas me producian compasión, si no á algunos los creía embaucadores; pero me preguntaba yo mismo en medio de la aglomeración de ideas y pensamientos que acudían á mi cerebro: ¿Y qué adelantan con semejante superchería si todo es desinteresado? A dichas razones no sabía qué contestarme y esperaba la sesión próxima para ver si podía descorrer un poco el velo que tantas verdades ocultaba; y pasaba la sesión y otras varias y nada podía conseguir; parecía que una voz secreta me amonestaba diciendo: «Estudia y entonces podrás juzgar». Fuí obediente á aquel mandato y aunque muy poco estudié la doctrina espírita, deduciendo de mi detenido estudio: que el Espiritismo es la revelación que Dios por medio de sus más cercanos espíritus, ha hecho llegar á nuestras inteligencias en el presente siglo para el mejoramiento de la humanidad terrestre; que para alcanzar este fin ha de ser por medio de la práctica de tan sublime filosofía, cuyo cimiento es el amor puro y verdadero y el desarrollo de la ciencia en toda su extensión; que es bálsamo consolador de la humanidad doliente, porque la comunicación espírita es fuente inagotable de esperanzas y dulces emociones, siendo manantial purísimo, cuya agua mitiga la sed de amor del viajero de la vida, porque repite las sublimes palabras del mártir del Calvario: «Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados»; que es tabla salvadora del infeliz náufrago que después de fuerte borrasca puede llegar al puerto de salvación, porque nos enseña que por medio de la reencarnación podremos encontrar la dicha que anhelamos y que no es de este mundo; que es el infinito campo donde la ciencia puede extender sus múltiples conocimientos por la investigación y el estudio de los fenómenos medianímicos, y por último, que es el foco luminoso cuyos rayos esparcidos por los ámbitos del planeta, bañará con su potente luz las inteligencias haciendo conocer, con fé firme y razonada, que todos somos hijos de un mismo Padre, por lo que nos debemos estrechar en fuerte abrazo, desechando todo antagonismo, para confundir todas nuestras aspiraciones en la grandiosa palabra: *Amor*.

Después de las apreciaciones que mi pobre inteligencia ha hecho del Espiritismo, solo me resta dar gracias á Dios, á los buenos espiritus y á vosotros, por haber iluminado mi razón y ayudado á encontrar la senda anchurosa de la ciencia y el bien que nos conduce á la realización de todas nuestras más elevadas aspiraciones.

Esto dice uno de los que se reían del Espiritismo.

EN PLENO LETARGO

Un ruido sordo, ondulante,
como las olas del mar,
dice: "Fuera hipocresías,
¡despierta, humanidad!„

TODO cuanto existe en la Naturaleza es digno de estudio. Por doquiera se encuentra asunto para filosofar; todo son páginas del gran libro universal.

Pero en donde se halla *una página* bastante lúgubre es en esta aletargada Sociedad, que se mueve, se agita, sí, pero sin saber cómo ni por qué: no sabe lo que hace ni lo que debería de hacer: todo es confusión!... todo es desvarío!...

Esta es la impresión que me formé el día de *todos los santos* al contemplar la tradicional rutina de la muchedumbre de llevar coronas y flores á las tumbas donde yacen los restos mortales de sus deudos y amigos; verdadera continuación del culto que los paganos rendían á sus parientes «muertos». ¡Ah! ¡Cuántas cosas se ven, observando ese acto de la gran comedia humana!...

¡Cuán pobre es esta sociedad, que hoy vá á empeñar hasta los colchones para poder ir al bárbaro espectáculo de una corrida de toros donde reirá y gritará hasta el delirio, y mañana acudirá á las necrópolis á llevar coronas y flores... llorando con forzada hipocresía!

Es verdad que también hay escepciones, que hay indivíduos que van á llevar coronas y flores á los cementerios con una intención y buena fé muy diferentes á los que acabo de indicar; pero á estos he de decirles que muy débil será su confianza en el Cielo cuando tanto adoran á la tierra.

Con motivo del fallecimiento de Antonio Cánovas del Castillo, se invirtieron veinticinco mil duros en coronas; en el entierro de Cavalloti (muerto en desafío con Macola) cerraban el cortejo veinte carruajes cargados de coronas; en París, cada año en esta época (*todos los santos*) gastan los parisienses, de cinco á seis millones de francos en la compra de flores naturales y artificiales; y basta de continuar la lista: me parece que con estos tres botones de muestra hay lo suficiente para poder comprender que es un terrible sarcasmo emplear tantos millones para *adornar* á los *muertos*, cuando existen tantos miles de *vivos*, hermanos nuestros, que no tienen con que alimentarse, ni trapos para cubrir sus anémicas carnes. ¡Oh, *caridad cristiana!* ¡Ah, hombres sin corazón!...

La costumbre de llevar coronas y flores á los cementerios, es una de las muchas preocupaciones de que está poseída esta aletargada humanidad, que derrocha un capital para satisfacer su pernicioso orgullo y niega un pedazo de pan al hambriento; preocupaciones que han de desaparecer así que haya un

poco de buen sentido. Y no soy yo tan solo quien opina de esta manera, pues hay algunas autoridades del catolicismo, que empiezan, no solo á mostrarse contrarias á esta idolatría pagana, sino á prohibirla terminantemente.

El obispo de Córdoba, ha publicado en su *Boletín Eclesiástico*, una pastoral ordenando á los curas párrocos y á los encargados de los cementerios de su diócesis, que no permitan la colocación de coronas ni de flores, sobre las tumbas ni sobre los altares, «*porque esto es contrario al espíritu de la Religión Cristiana*». Conque, católicos y no católicos, ¿quieren ustedes más papistas que el Papa?

* * *

Y ahora, dirigiéndome á las personas de buena fé y sana voluntad, les daré el siguiente consejo:

¿Quieren ustedes honrar á sus deudos y amigos? Pues nada de coronas ni flores á sus sepulcros: el tiempo las corroe como ha corrompido á sus cuerpos. Cojed el dinero que deberíais gastar en coronas para adornar esqueletos putrefactos, y repartidlo entre aquellas familias más necesitadas en memoria de vuestros deudos y amigos; y yo os aseguro que, si así procedeis, os hareis muchísimo mas agradables á Dios, á los hombres y á las almas de vuestros séres amados, creándoos de este modo, un ambiente psico-físico agradabilísimo, como resultado inmediato de la satisfacción de vuestra conciencia.

Jaime Puigdoller

Barcelona, Noviembre 98.

VARIO

APUNTES BIOGRÁFICOS

SÓCRATES

(Conclusión)

7. «La preocupación constante del filósofo es la de tener muchísimo cuidado con el alma; menos por esta vida, que solo dura un instante, que por la eternidad. Si el alma es inmortal, ¿no es acaso más prudente el vivir para alcanzar la eternidad?»

8. «Si el alma es inmaterial, debe pasar después de esta vida á un mundo igualmente invisible é inmaterial; del mismo modo que el cuerpo cuando se descompone vuelve á la materia. Solo que conviene mucho distinguir bien el alma pura, verdaderamente inmaterial, que se alimenta como Dios de la ciencia y de los pensamientos, del alma más ó menos manchada de impurezas materiales que la impiden elevarse hácia lo divino, y la retienen en los lugares de su terrestre morada.»

9. «Si la muerte fuese la completa disolución del hombre, sería una venta-

ja para los malos, después de su muerte, el quedar libres al mismo tiempo de sus cuerpos, de sus almas y de sus vicios. Aquél que ha adornado su alma no con una compostura extraña, sino con la que le es propia. solo aquél podrá esperar tranquilamente la hora de su partida para el otro mundo.»

10. «El cuerpo conserva los vestigios bien marcados de los cuidados que se han tenido de él ó de los accidentes que ha experimentado; lo mismo sucede con el alma; cuando se despoja del cuerpo, lleva las señales evidentes que cada uno de los actos de su vida le han dejado. De este modo la mayor desgracia que puede sucederle al hombre, es irse al otro mundo cargado de crímenes. Ya ves, Callides, que ni tú, ni Polus, ni Gorgias, podriais probar que se debe seguir otra conducta que nos sea útil. para cuando estemos allá. De tantas opiniones diversas, la única inquebrantable es la de que *vale más recibir, que cometer una injusticia*, y que ante todo debe uno dedicarse, no á parecer hombre de bien, sino á serlo.»

11. «Una de dos, ó la muerte es una destrucción absoluta, ó es el tránsito del alma á otro paraje. Si debe aniquilarse todo, la muerte será como una de esas noches raras que pasamos sin soñar y sin ninguna conciencia de nosotros mismos. Pero si la muerte solo es un cambio de morada, el tránsito á un lugar en el que los muertos deben reunirse, ¡qué dicha volver á encontrar á los que hemos conocido! Mi mayor placer fuera poder examinar de cerca los habitantes de esa morada y distinguir en ellos, como aquí, á los que son sabios de aquellos que creen serlo, y no lo son. Pero ya es hora de separarnos, yo para morir y vosotros para vivir.»

12. «Nunca debe volverse injusticia por injusticia, ni hacer mal á nadie, por daño que nos haya hecho. Pocas personas, sin embargo, admitirán este principio; y las gentes que sobre este punto están divididas, se desprecian las unas á las otras.»

13. «Por el fruto se conoce el árbol. Es preciso calificar cada acción según el fruto que resulta de ella; llamarla mala, cuando de ella proviene el mal; buena cuando de ella nace el bien.»

14. «La riqueza es un gran peligro. Todo aquel que ama la riqueza no se ama á sí mismo ni á lo que está en él, sino una cosa que le es más extraña que lo que está en él.»

15. «Las más hermosas oraciones y los más bellos sacrificios agradan menos á la Divinidad, que un alma virtuosa que se esfuerza en parecérsele. Seria muy grave que los dioses aceptasen más bien nuestras ofrendas que nuestras almas; por este medio las más culpables podrian hacérseles propicias. Pero no, solo son verdaderamente justos y prudentes aquellos que por sus palabras y por sus actos, cumplen con lo que deben á los dioses y á los hombres.»

16. «Yo llamo hombre vicioso á ese amante vulgar que prefiere el cuerpo al alma. El amor está en todas partes en la naturaleza, que nos convida á ejercer nuestra inteligencia; se encuentra hasta en el movimiento de los astros. El amor es el que adorna á la naturaleza con sus ricos tapices; pasa y fija su morada en donde encuentra flores y perfumes. También es el amor quien dá paz á los hombres, calma al mar, silencio á los vientos y tregua al dolor».

LA REVELACIÓN

REVISTA ESPIRITISTA ALICANTINA

PERIÓDICO MENSUAL

AÑO XXVII

1898

ALICANTE:
IMPRENTA DE MOSCAT Y OÑATE
Calle de San Fernando, núm. 34.

Índice alfabético y por secciones

DE LOS TRABAJOS CONTENIDOS EN ESTE TOMO.

17. «La virtud no puede enseñarse, viene como un don de Dios á los que la poseen.»

18. «Hay una disposición natural en cada uno de nosotros, y es que nos apercibimos menos de nuestros defectos que de los agenos.»

19. «Si los médicos fracasan en la mayor parte de las enfermedades, es porque tratan al cuerpo sin el alma, y no estando el todo en buena disposición, es imposible que la parte esté buena.»

20. «Todos los hombres á contar desde la infancia, hacen mucho más mal que bien.»

21. «La verdadera sabiduría está en no creer saber lo que no se sabe».

Bastantes son estas citas, para que se vea bien claramente que su filosofía y sus doctrinas formaron la base de las modernas y el fundamento sobre que edificaron los librepensadores sus sublimes filosofías.

Fué, pues, un verdadero deista, y sin duda el primero que reunió en sí la reverencia á Dios y la libertad de conciencia. Verdad que esto le condujo á la muerte; pero su ejemplo ha guiado á muchos por la misma senda, con igual ó mejor suerte.

Nadie ignora la desgracia final que dió fin á la vida del gran filósofo Acusado ante el tribunal por maldades que no había cometido, Lycon, Meletus y Anitus, encendidos en saña por los celos y la envidia que corroían sus corazones, formularon acusaciones como la siguiente:

«Meletus, hijo de Miletus de Pittea, acusa á Sócrates, hijo de Sofroniscus de Alopace. Sócrates es acusado de corromper y quebrantar las leyes; las ofende, no honrando á los dioses que la ciudad venera, é introduciendo otras divinidades de su propia hechura; es criminal también, porque corrompe la juventud de la ciudad. La pena merecida es la de muerte.»

Esta declaración no fué la única: otras muy extensas la siguieron, y aún cuando se defendió con un famoso discurso de defensa que fué más bien una acusación dirigida contra sus jueces, de nada le sirvió, pues tal era el estado de excitación que existía contra él, que la sentencia de muerte fué tenida por el mejor castigo que pudiera dársele. Las leyes de Atenas disponían que á los tres días de promulgada la sentencia, debía procederse á la ejecución. Más á consecuencia de la partida del Argos, la ejecución no tuvo lugar, y Sócrates vióse obligado á pasar largos días en la cárcel, sirviéndole de gran consuelo verse en ella rodeado casi siempre de la mayor parte de sus caros discípulos. Más al fin llegó el momento fatal, y el veneno que debía conducirle á la vida espiritual, se le fué presentado; y él tomándolo con mano firme y mirando fijamente á Platón, brindó á los dioses y se lo absorbió todo de un sorbo.

¡Media hora después él gran filósofo había dejado de existir!

¿Dejado de existir? Esta no es la verdadera expresión. Su cuerpo quedó yerto, exánime á los piés de sus verdugos; pero su espíritu, libre ya del peso de la vida material, se elevó al seno de su Creador, para continuar luego la propagación de su filosofía y de sus doctrinas; doctrinas y filosofía que todavía propaga en espíritu, aclarada y amplificada en armonía con los tiempos.

W.

Necrologia

El día 29 del pasado hizo su tránsito á la vida espiritual en Gibraltar, don Domingo Estopa y Fernandez, padre de la eximia escritora doña Eugenia, autora del importante artículo «Conceptos del Espiritismo», que publicamos en nuestro número anterior.

Su entierro, que fué civil, fué una verdadera manifestaciòn de las simpatias con que contaba el hermano Estopa.

¡Que haya tenido un risueño despertar en ultratumba, es lo que vehementemente deseamos!

Y á la familia, resignaciòn bastante para soportar la temporal ausencia de sér tan entrañablemen e querido.

CRÓNICA

Muy á nuestro pesar, no nos ha sido posible por carecer de fondos para ello, incluir *por separado* en el presente número, como regalo á nuestros suscriptores, el indice y portada del tomo XXVII de La Revelación, cual hemos hecho en años anteriores.

Suplicamos, pues, á nuestros lectores fijen su atención en la segunda página de las cubiertas, y hagan por continuar prestándonos su valioso apoyo con el fin de poder proseguir nuestra regeneradora labor de propaganda.

*** Apesar de su extensión, hemos juzgado conveniente insertar completo en el presente número el hermoso artículo editorial, debido á la bien cortada pluma de uno de nuestros redactores, cuya detenida lectura y estudio recomendamos.

*** Nuestro apreciabilísimo cofrade *Lumen*, ofrece en su importante número del presente mes, las siguientes OBRAS NUEVAS que ellas mismas por sí se recomiendan:

Mágia Teúrgica, por D. Quintín Lopez Gomez.—Se compone de más de 300 páginas y vá ilustrada con profusión de grabados.—Precio, 4 pesetas.

Las vidas sucesivas, por D. Gabriel Delanne.- Opúsculo traducido al castellano por D. Victor Melcior y Farré. - Precio, 1 peseta.

Vuestras fuerzas y medios para utilizarlas, por M. Prentice Mulford; versión española de D. Quintin Lopez Gomez.—Precio, 2 pesetas.

Los pedidos, acompañando su importe á la expresada Revista *Lumen*, calle de la Diputación, números 195 y 197, 1.º y 2.ª, Barcelona, ò á esta Administración.

Imprenta de Moscat y Oñate, San Fernando, núm. 34.—ALICANTE.